

El Diálogo Entre Fe Y Cultura En La Actualidad

XXIX Encuentro de Obispos y Teólogos

El tema que nos reúne —el retorno de lo religioso: síntomas, interrogantes, criterios pastorales— no es solo un tema académico. Es un signo de los tiempos que interpela nuestra conciencia eclesial.

Me gustaría partir de una constatación elemental. Cuando hablamos de diálogo entre fe y cultura, no nos referimos a dos entidades que se encuentran desde fuera, como dos delegaciones diplomáticas. La fe vive siempre dentro de una cultura, y la cultura, incluso cuando se declara secular, lleva en sí las huellas de un horizonte religioso que nunca logra borrar por completo. Este es el primer dato que debemos tener claro: no existe una cultura neutra respecto a la cuestión religiosa, así como no existe una fe que pueda vivir fuera de un lenguaje cultural.

El Concilio Vaticano II, en *Gaudium et spes*, formuló de manera decisiva esta conciencia: «La Iglesia no está ligada a ninguna forma particular de cultura humana ni a ningún sistema político, económico o social». Pero añadía inmediatamente que, precisamente por eso, puede entrar en diálogo con todas las culturas. El diálogo no es una táctica pastoral. Es la forma misma de la fe que busca comprender.

Debo confesar cierta desconfianza hacia la expresión «retorno de lo religioso». No porque el fenómeno no exista —existe, y de qué manera—, sino porque la palabra «retorno» puede generar la ilusión de que lo que vuelve es lo mismo que se había ido. No es así. Lo que surge hoy en el panorama cultural contemporáneo no es la restauración de un orden religioso anterior, sino una nueva configuración de la demanda espiritual, profundamente marcada por las transformaciones de la experiencia humana en nuestro tiempo.

Observamos una serie de fenómenos que merecen atención. El primero es la difusión generalizada de prácticas espirituales desvinculadas de cualquier pertenencia institucional: la meditación, el yoga, las diversas formas de *mindfulness*, el recurso a

ritualidades sincréticas. Se trata de una espiritualidad que yo definiría como «de geometría variable», en la que el individuo compone su propio camino recurriendo a tradiciones diversas, sin pretensión alguna de coherencia doctrinal.

El segundo fenómeno es el redescubrimiento de la estética religiosa. Las iglesias románicas y góticas atraen hoy a millones de visitantes que no buscan una experiencia litúrgica, sino una experiencia estética que, sin embargo, los pone en contacto con algo que perciben como sagrado. Los monasterios se convierten en lugares de retiro para ejecutivos y profesionales agotados. La música sacra conquista a un público que a menudo no tiene ninguna referencia confesional, pero busca en esa música una calidad de escucha que la producción cultural *mainstream* no ofrece.

El tercer fenómeno, más inquietante, es la politización de la identidad religiosa. En muchos contextos, la religión regresa no como experiencia de trascendencia, sino como marcador identitario, como instrumento de distinción étnica o nacional. Es un retorno que no tiene nada de espiritual y que, por el contrario, corre el riesgo de instrumentalizar lo sagrado al servicio de dinámicas de poder y exclusión.

Debemos, por tanto, ejercer un discernimiento atento. No todo lo que se presenta como «retorno de lo religioso» es efectivamente una apertura a la trascendencia. Y no todo lo que parece secularización es necesariamente un cierre a la dimensión espiritual. El sociólogo Charles Taylor nos ha enseñado que vivimos en una «era secular» en la que creer y no creer son ambas opciones posibles. El desafío para la Iglesia no es volver a un régimen de cristiandad, sino habitar con inteligencia y caridad este espacio abierto.

«La gracia supone la cultura, y el don de Dios se encarna en la cultura de quien lo recibe» (Papa Francisco, *Evangelii gaudium*, 115): se trata de un principio que tiene consecuencias enormes para la forma en que concebimos la evangelización. Si la gracia supone la cultura, entonces el primer acto evangelizador no es el anuncio verbal, sino la escucha: la escucha de las formas culturales en las que las personas tratan de dar sentido a su vida.

Quizás Dios no se impone porque respeta esta sed. No la colma con evidencias aplastantes, sino que la habita con discreción. Se deja entrever en los fragmentos, en los signos mínimos, en las grietas de lo cotidiano. Es una presencia que no invade, sino que acompaña; que no sustituye nuestra búsqueda, sino que la hace posible. Nuestros discursos religiosos deberían aprender de Dios a no tener miedo de ser en el paisaje del mundo una pregunta, una presencia amigable y discreta; de tejer una reciprocidad dialógica y acogedora. Como recordaba el Papa León XIV, en la misa del Jueves Santo: «hay que llegar a donde se es enviado con sencillez, honrando el misterio que toda persona y toda comunidad lleva consigo. Somos huéspedes: lo somos como obispos, como sacerdotes, como religiosas y religiosos, como cristianos. Para hospedar, en efecto, debemos aprender a dejarnos hospedar. Incluso los lugares donde la secularización parece más avanzada no son tierra de conquista, ni de reconquista: «Nuevas culturas continúan generándose en estas enormes geografías humanas...[...] Es necesario llegar a donde se forman los nuevos relatos y paradigmas, alcanzar con la Palabra de Jesús los núcleos más profundos del alma de las ciudades».

El Papa León XIV, en su magisterio aún joven pero ya rico en intuiciones profundas, retomó y desarrolló esta línea, insistiendo en la necesidad de que la Iglesia sepa «estar en las periferias culturales», allí donde el lenguaje de la fe ya no es obvio, donde las categorías tradicionales ya no funcionan y donde, sin embargo, la búsqueda de sentido sigue latente, quizá bajo formas inéditas.

Esto significa tomarse en serio la cultura contemporánea, no como un enemigo al que combatir ni como un terreno neutral que ocupar, sino como un interlocutor con el cual entablar diálogo. Y el diálogo, como sabemos, implica aceptar ser transformados por el encuentro. No se trata de adaptar el mensaje evangélico a los gustos del momento —sería una caricatura del diálogo—, sino de dejarse interpelar por la cultura para descubrir aspectos del Evangelio que nuestra rutina eclesial corre el riesgo de oscurecer.

Pondré un ejemplo concreto. La sensibilidad ecológica que impregna a las nuevas generaciones no es simplemente una agenda política: es una forma de relación con la

creación que interpela profundamente a la teología de la creación. Del mismo modo, la nueva atención a la corporalidad, a la vulnerabilidad, al cuidado, que caracteriza gran parte de la reflexión contemporánea, resuena con el corazón mismo del misterio de la Encarnación. La cultura, cuando la escuchamos con atención, nos devuelve preguntas que son ya, en cierto sentido, preguntas teológicas.

En mi experiencia en el Dicasterio para la Cultura y la Educación, he podido comprobar hasta qué punto las artes son hoy un espacio privilegiado de diálogo entre fe y cultura. Y no me refiero solo al arte sacro en el sentido tradicional del término. Me refiero a la literatura, al cine, a la música, a las artes visuales contemporáneas como lugares en los que la pregunta religiosa sigue manifestándose, a menudo de formas sorprendentes.

Pensemos en la literatura. Una de las grandes paradojas de nuestro tiempo es que algunas de las preguntas más poderosas sobre lo trascendente provienen de autores que no se definirían en absoluto como creyentes. El cine, por su parte, sigue presentándose como uno de los espacios más eficaces para dar forma visual a las grandes preguntas existenciales. La música, por último, merece una atención especial. El hecho de que los compositores contemporáneos hayan encontrado en la experiencia religiosa una fuente inagotable de inspiración artística dice algo importante. Dice que lo sagrado posee una fuerza generativa que sigue actuando incluso más allá de los límites de la institución eclesial. La música, más que cualquier otro arte, es capaz de crear ese espacio de escucha en el que la palabra de Dios puede resonar de una manera nueva.

No podemos hablar hoy de diálogo entre fe y cultura sin abordar la cuestión digital. La revolución tecnológica en curso —desde la inteligencia artificial hasta las redes sociales, desde la realidad virtual hasta la conectividad permanente— está transformando profundamente la forma en que los seres humanos se relacionan con el tiempo, el espacio, la comunidad y su propio cuerpo. Esto tiene consecuencias directas para la vida de fe.

La cultura digital es una cultura de la inmediatez, de la fragmentación, de la estimulación continua. Estas características están estructuralmente en tensión con la experiencia religiosa, que requiere lentitud, silencio, contemplación, fidelidad en el tiempo. No se trata de demonizar la tecnología —sería una actitud estéril y anacrónica—, sino de preguntarnos cómo la fe puede habitar este nuevo entorno sin perder su propia gramática interior.

Hay un aspecto de la inteligencia artificial que la Enciclica Magnifica Humanitas ilumina y que me parece especialmente relevante para nuestro tema. La IA genera contenidos con una eficiencia extraordinaria, pero desconoce la experiencia del límite, de la herida, de la gratuidad. En un mundo en el que la producción de textos, imágenes y sonidos se puede automatizar, la fe tiene algo único que ofrecer: el testimonio de que lo más humano del hombre —el amor, el perdón, la esperanza, el llanto ante la belleza— no se puede reducir a ningún algoritmo.

En este contexto, el papel de las facultades de teología y de las universidades católicas adquiere una importancia estratégica. Y utilizo deliberadamente la palabra «estratégica», que puede parecer ajena al vocabulario teológico, pero que indica algo esencial: la necesidad de concebir la formación teológica no como una repetición de un saber adquirido, sino como un laboratorio vivo de diálogo con la cultura.

El documento *Veritatis gaudium* del Papa Francisco ha trazado las coordenadas de esta reforma: interdisciplinariedad, atención a los contextos, cultura del encuentro, apertura a los distintos saberes. Son indicaciones que muchas instituciones académicas han acogido con generosidad, pero que aún requieren un largo camino de implementación.

El Dicasterio para la Cultura y la Educación está trabajando precisamente en esta dirección: promover una formación que prepare a teólogos capaces no solo de conocer la Tradición, sino de entrar en un diálogo creativo con las ciencias, las artes, la filosofía contemporánea y las nuevas tecnologías. El teólogo del futuro —y digo «del futuro», pero en realidad me refiero a «de hoy»— debe saber habitar la frontera, ese

lugar incómodo y fecundo donde los lenguajes se cruzan, las certezas vacilan y las preguntas se renuevan.

Con la desaparición de un cristianismo que se transmitía de generación en generación, como un legado indiscutible, en el seno de estructuras sociales más homogéneas, los cristianos vuelven a serlo por una decisión personal, una decisión que a menudo va a contracorriente, madurada en soledad respecto a los círculos más cercanos a los que pertenecen. Ya no es previsible que nos convirtamos en cristianos. Esto ocurre y ocurrirá cada vez más como una opción y una sorpresa.

Además, a medida que asistimos a un debilitamiento de la inserción institucional de las Iglesias, en el horizonte de la sociedad redescubrimos el valor y las posibilidades de una presencia discreta en medio del mundo. En muchas situaciones, en esta diáspora cultural en la que nos encontramos dispersos, la única palabra verosímil es la del testimonio de una vida vivida con sencillez y alegría siguiendo los pasos de Jesús.

En este contexto, la teología está llamada a una profunda renovación. Ya no puede conformarse con repetir fórmulas heredadas del pasado sin cuestionarse su capacidad para dirigirse al hombre de hoy. La teología es indispensable para encontrar nuevos paradigmas de racionalidad, nuevas formas de organizar el conocimiento. Lo que se espera de la teología no es un tratado de no beligerancia ni una relación de buena vecindad entre saberes, sino una fermentación activada por el entrelazamiento de las sensibilidades propias de cada tipo de conocimiento. No se trata de perturbar los marcos epistemológicos de las diferentes disciplinas, sino de crear espacios de convivencia y diálogo.

La llamada es a ser más archipiélago que isla, más constelación que astro aislado. También en términos culturales: nuestro tiempo necesita nuevas gramáticas de lo humano, modelos de racionalidad compartida. La teología tiene una valiosa contribución en la búsqueda actual de nuevos paradigmas que sirvan verdaderamente al bien común, contrarrestando el aislamiento y la fragmentación. Existe una mística del conjunto que nos exige una especie de inteligencia comunitaria.

La imaginación del cristiano es una mirada crítica que reconoce que el mundo no es como debería ser, que está marcado por el mal, el pecado y el sufrimiento, y que necesita redención. Pero, al mismo tiempo, se abre como una mirada regeneradora que reconoce los signos de la llegada de esa redención, que reconoce los caminos que hay que abrir para que ella se abra paso en los corazones y las mentes de los hombres, en los acontecimientos de la historia. Es necesario dar un paso más allá: adentrarse en el terreno fecundo de la imaginación. La imaginación es mucho más que una facultad creativa: es una forma de responsabilidad hacia el futuro. Es la capacidad de ver lo que aún no existe, de anticipar lo posible de Dios incluso cuando lo real parece cerrado u hostil. Una Iglesia que no imagina es como un cielo sin constelaciones: ve las luces, pero no sabe darles un significado. En las sociedades complejas, a menudo no faltan las infraestructuras físicas. Faltan las inmateriales: visiones compartidas, narrativas unificadoras, orientaciones que den sentido a nuestro camino. La imaginación, en este sentido, es un recurso pastoral precioso. Es una mirada no puramente contemplativa, sino performativa, que reconoce proféticamente lo que podemos hacer de este mundo si lo confiamos a la promesa de salvación de Dios. No subestimemos el poder transformador de una imaginación en la que la memoria fiel de la promesa se convierte en esperanza de futuro para toda la humanidad.

Permítanme, para concluir, proponer una expresión que me es especialmente querida: *la pastoral de la inteligencia*. ¿A qué me refiero? Me refiero a una práctica eclesial que se tome en serio la dimensión intelectual de la fe, que no oponga la razón a la devoción, que no considere la reflexión teológica un lujo académico, sino un servicio indispensable para la comunidad cristiana.

La fe cristiana es una fe que piensa. Es una fe que ha generado universidades, bibliotecas, hospitales, sinfonías, catedrales. Una fe que ha dialogado con Platón y Aristóteles, con la ciencia moderna, con las filosofías de la existencia. Renunciar a esta vocación intelectual de la fe significaría traicionar su naturaleza más profunda.

Pero la pastoral de la inteligencia no es un programa para las élites. Es una dimensión esencial de la evangelización en un mundo que está simultáneamente

hambriento de sentido y sumergido en la información. Ayudar a las personas a pensar su propia fe, a formular sus propias preguntas, a no tener miedo de la duda como etapa del camino: este es un servicio pastoral de primer orden.

El retorno de lo religioso, si es que realmente lo es, necesita ir acompañado de un discernimiento eclesial maduro. Necesita una teología seria, una formación profunda, pastores que sepan escuchar antes de hablar, y comunidades cristianas que sean espacios de hospitalidad intelectual además de espiritual.

Me gustaría terminar con una imagen. En uno de sus cuadernos, Simone Weil escribe que «la fe es la experiencia de que la inteligencia está iluminada por el amor». Es una definición que me parece extraordinariamente fecunda. La fe no es la renuncia a la inteligencia; es la inteligencia que descubre estar habitada por algo que la supera y que, al superarla, la colma.

El diálogo entre fe y cultura, en su esencia, no es otra cosa que esto: la disposición a reconocer que la pregunta por Dios no es un hallazgo arqueológico, un residuo del pasado destinado a desaparecer con el progreso de la razón, sino una pregunta permanente, constitutiva de lo humano, que cada época reformula con su propio lenguaje y su propia urgencia.

El hecho de que estemos aquí hoy, obispos y teólogos juntos, procedentes de universidades y diócesis de España y Portugal, reunidos para reflexionar sobre este tema, es ya un acto de diálogo entre fe y cultura. Es ya una señal de que la Iglesia no teme a las preguntas de su tiempo y de que sigue creyendo que la verdad se busca juntos, en el encuentro fraterno entre la sabiduría pastoral y el rigor de la investigación teológica.

Que este encuentro sea fecundo. Que nuestras conversaciones sean auténticas. Y que sepamos llevar a nuestras comunidades el eco de un diálogo que nunca termina, porque la Palabra que lo anima es una Palabra inagotable.

José Tolentino de Mendonça

Prefecto del Dicasterio para la Cultura y la Educación